

DEL EXTRANJERO

GHIRZA: CIUDAD MISTERIOSA DEL SAHARA

Una expedición, organizada bajo los auspicios del Gobierno italiano y dirigida por el conde Prorok, acaba de penetrar hasta las ruinas de la ciudad de Ghirza, que yacen en pleno desierto del Sahara y que, debido a las increíbles dificultades del viaje, hasta hace poco se habían encontrado envueltas en el más profundo misterio. La ciudad se halla hoy completamente abandonada y la mayor parte de los edificios están semidestruídos, aunque afortunadamente casi todos los fragmentos permanecen cerca de las construcciones. Como el camello, para empresas de ese género, ha quedado ya relegado al olvido, los exploradores hicieron la travesía en automóvil. Toda la región es hoy de una aridez aterradora.

“Llegamos al ponerse el sol—informa el jefe de la expedición—y fue para nosotros un momento inolvidable cuando los faros de nuestros automóviles iluminaron las hermosas ruinas y nos revelaron una ciudad sumamente extensa a mitad sepultada en la arena.” La ciudad yace sobre unas alturas en el punto de unión de dos ríos hoy completamente secos. Algunos de los edificios alcanzaban tres pisos de altura; más allá, y fuera de los confines de la ciudad propiamente dicha, se alzan magníficos mausoleos construídos en honor de muertos desconocidos. Llama inmediatamente la atención el carácter vigoroso de la arquitectura y los símbolos esculpidos en la piedra. He aquí, por tanto, un eslabón que nos une a los extraños imperios de aquellos tiempos pasados, en que los ríos del Sahara aún llevaban agua y los árboles

elevaban sus copas sobre un paisaje verde y cubierto de flores. Al momento se advierte en los mausoleos la influencia greco-romana, curiosamente entremezclada con las efigies de los dioses locales.

“No existe duda alguna que los romanos añadieron mucho a la antigua ciudad libia, pues así nos lo dicen las inscripciones, si bien todos los nombres que en ellas figuran son de origen libio o garamancio. Uno de los mausoleos recuerda el magnífico mausoleo libio-púnico de Dongga, en Tunisia, pero los símbolos resultan hasta hoy desconocidos y corresponden a un culto pagano que aun habrá de estudiarse. El mausoleo en forma de obelisco es único en su género, a menos que se encuentren otros monumentos de esta clase más al sur. Tiene una altura aproximada de cuarenta y cinco metros y lo vimos contra el horizonte cuando aun nos hallábamos a más de treinta kilómetros de la ciudad.”

Para que nada falte en esta misteriosa metrópolis de los muertos, que como parece fue abandonada repentinamente en época muy remota, cuentan los expedicionarios que según los habitantes más cercanos, y hace ya muchos años, las calles de la ciudad se hallaban llenas de esculturas de mármol: los ciudadanos hubieron de darse a una vida de vicios y la justicia divina quiso castigarlos convirtiéndolos en estatuas. La expedición ha encontrado numerosos objetos de todo género.

A juzgar por las pocas fotografías de que se dispone, y de acuerdo con lo que dice el conde Prorok, en todos los edificios predominan elementos netamente clásicos: columnas derivadas del

corintio con capiteles ricamente labrados, entablaturas con rosetas y triglifos, etc. Por lo demás, Ghirza no es un caso excepcional, y el lector recordará todas aquellas ciudades del Asia central, centros de bullicio y de actividad en tiempos de Marco Polo y que más tarde hubieron de perecer asfixiadas entre las garras del desierto, que en el transcurso del tiempo ha cubierto sus restos con una mortaja de arena.

Envía sus informes el conde Prorok desde el "Campamento número 10, Sahara Central Italiano", y en esos momentos los expedicionarios luchaban contra un "simun" violentísimo.

R.

HALLAZGO DE OBRAS DE ARTE EN EL PIREO

Al efectuarse algunos trabajos de desazolve en el puerto del Pireo hace pocas semanas, la draga tropezó con una serie de objetos de gran dureza, que, traídos a la superficie, han resultado ser esculturas de verdadero mérito intrínseco y además de gran valor para el estudio de la historia del arte. Muchas de las piezas se hallan aparentemente en estado fragmentario, pero otras, mejor conservadas, repiten una vez más los viejos temas de que nunca se cansaron los griegos: guerreros, amazonas, Heracles, Apollo... En uno de los relieves el esforzado hijo de Alcmena se nos presenta lleno de lozanía y magnífico en el ademán, arrebatando desde su carro a una mujer que no ha sido posible identificar; para ello el héroe ha tenido que dominar por un breve momento la pujanza de sus tres ligeros corceles que, trémulos de sorpresa y de indignación, se yerguen contra el tirón de las riendas que los detienen. Las piezas debieron hallarse a bordo de algún barco que, anclado dentro del puerto, pero quizá ya próximo a hacerse a la mar, hubo de irse a pique a causa de un incendio o por cualquier otro motivo desconocido.

Aunque todavía no se ha podido llevar a cabo un examen detenido de todos los fragmentos, que son cerca

de trescientos y habrán de ocupar la atención de los expertos durante mucho tiempo, salta desde luego a la vista que algunos datan desde la primera centuria antes de Jesucristo. Como es sabido, en esa época sufrió el arte de la escultura las consecuencias de una oleada arcaizante: los artistas quisieron inspirarse directamente en las obras de los grandes maestros del siglo quinto. De ahí cierta semejanza, que no pasa de ser superficial, entre las piezas de ese tiempo, que mostró gran afición por los bajorrelieves, y los frisos del Partenón y las demás obras de la escuela fidiana.

Por lo demás, y aun el caso preciso de la escultura griega, no es esta la primera vez que el mar devuelve sus tesoros. Ello no debe llamarnos la atención: Grecia, tierra de artistas por excelencia, jamás llegó a perder su prestigio ante los ojos de Roma, y ésta, durante muchos siglos, se dedicó sistemáticamente a despojarla de sus riquezas. En los antiguos santuarios helénicos existían, como se sabe, verdaderos bosques de estatuas que, arrebatadas por la administración imperial o por ciudadanos pudientes, fueron a parar por millares a la ciudad de las siete colinas o a su sucesora, la nueva capital a orillas del Bósforo, y no es sorprendente que algunos de estos cargamentos, por diversas circunstancias, jamás hayan llegado a su destino.

R.

EL DOCTOR MILLIKAN Y LA MUERTE DEL UNIVERSO

No todos los investigadores prominentes parecen hallarse de acuerdo con Sir James Jeans en las teorías que enunció recientemente respecto a la muerte del universo, cosa que, según él, sobrevendrá necesariamente cuando se haya distribuido toda la energía y se establezca "una masa uniforme en perfecto estado de equilibrio termodinámico". Contra la voz del ilustre hombre de ciencia británico, y la de su no menos ilustre colega, el profesor Eddington, se levanta ahora la del doc-